

MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Por el P. JOSÉ J. ORTEGA T., salesiano

“Hacia honor a las vestiduras sacerdotales”: *gloriam dedit sanctitatis amictum*. Con estas palabras elogia el sagrado libro del Eclesiástico al sumo sacerdote Simón, hijo de Onías, y con ellas rendimos alabanza al varón preclaro cuyo recuerdo motiva estas líneas. En verdad, fue monseñor Carrasquilla la personificación de lo que debe ser el sacerdote católico: ilustrado, elocuente en obras y en palabras, caritativo, docto en ciencias divinas y en humanas letras, correcto en todo, de conducta moral irreprochable, desapegado de los bienes de la tierra, lleno de celo por la salvación de las almas. El, con el arzobispo Mosquera y el doctor Cortés Lee, forma talvez la trilogía más alta del sacerdocio colombiano.

Mas no imagine el lector posible de estos desaliñados renglones que va a tener ante la vista una semblanza acabada de tan excelente figura; deseos no nos faltan de emprender un estudio lo más completo posible de monseñor, pero si la intención nos sobra, tiempo y alcances nos escasean. “En todo caso, dijo él mismo en una de sus oraciones admirables, el mejor panegírico de un hombre es la imposibilidad de elogiarlo dignamente.”

*
* *

Nació el doctor Carrasquilla en Bogotá el 18 de diciembre de 1857. Hijo del notable poeta festivo, educador y apologista don Ricardo, y de la dama ejemplar, dechado de esposas y de madres, doña Emilia Ortega, corría por sus venas sangre de próceres: la misma de José María Ortega, Pedro Carrasquilla y Francisco de Paula Vélez, gloriosos luchadores de la guerra magna; la de Mercedes Párraga, a quien llamó Bolívar “la heroína de Venezuela”; la de Ricaurte, el “héroe sin modelo y sin imitadores”; la de Nariño, el precursor de la independencia. Con el prestigio de su nombre, de su fama y de sus hechos, bien supo monseñor emular a muchos de sus antepasados, superar a otros, imitar las virtudes y claros ejemplos de todos ellos, y, más que enaltecerse a sí mismo, dar gloria al suelo que lo vio nacer.

Cuando niño, oyó de labios de héroes la relación de nuestras épicas jornadas con sus luchas y triunfos. De ellos aprendió el amor a Colombia, ese amor que se transparenta en todos sus escritos, que en él fue sin medida, que le dictó sus frases más hermosas, sus tro-

zos más patéticos, sus oraciones más sublimes. Fue también uno de los más entusiastas propagadores de la unión hispanoamericana; y no sólo amó a su patria grande y a la madre España, sino a la ciudad que arrulló su cuna, y arremansó su existencia, y veló su sueño postrero y definitivo el 18 de marzo de 1930.

Bien puede su vida resumirse en tres palabras, o mejor dicho, en tres afectos, únicos a que rindió culto: Dios, patria, hogar. A la república y a la religión dedicó todas sus energías, todas sus fuerzas, todas sus obras. A su familia, contando en ésta a sus amigos, los más íntimos afectos de su alma.

Del autor de sus días hablaba siempre con cariñoso respeto y su recuerdo lo llenaba de emoción profunda. Lo nombraba con los atributos más tiernos: "Único amigo de mi infancia y de mi juventud, mi preceptor, mi maestro..." A su madre la amó con un afecto especial, imposible de describir. Cuando le cerró los ojos, escribió una biografía llena de emoción y de angustia, hecha con lágrimas. Por no vivir sin ella había hecho muchos sacrificios y renunciado a varias dignidades, hasta al fastigio de la púrpura, al honor de la mitra. Dios concedió a la virtuosa dama, decoro y prez de nuestra sociedad, aliviar las dolencias de su larga vejez con los triunfos de su hijo, con los honores que se le tributaban, con el eco de los aplausos prodigados al varón elocuente, y más que todo con las bendiciones de los pobres socorridos por él con larga mano. Para con sus hermanos y parientes fue monseñor un verdadero padre, lleno de ternuras y de solícitos cuidados. En la amistad fue siempre fidelísimo, y era el compañero constante de todas las horas.

Pero más que a su familia pertenecía a la patria, por cuyo engrandecimiento propendió siempre con su consagración a la ciencia y su dilección a la juventud. Desde muy joven, en el *Liceo de la infancia*, fundado por su padre, comenzó a ejercitar el magisterio. De sus labores de educador y de maestro no hay para qué hablar; baste recordar que muchos de nuestros grandes hombres, de nuestros poetas y oradores, políticos y periodistas, repúblicos y sacerdotes, humanistas y pedagogos, se ufanan de llamarse sus discípulos.

En buena hora le confió don Carlos Holguín en 1890 el rectorado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que puso a la altura de las universidades europeas, y desde donde influyó por cuarenta años en la marcha de la república. Como segundo fundador dictó las nuevas constituciones, conservando el plan y las ideas de fray Cristóbal, con cuya imagen en bronce obsequió al histórico claustro. En lo material hizo notabilísimas reformas en el vetusto edificio y lo dotó de gabinetes, de biblioteca, de quinta de deportes y vacaciones, de revista —una de las mejores de Suramérica y todavía existente por caso raro entre nosotros— y dejó en él impreso para siempre el recuerdo imborrable de su altísima sabiduría. Con razón los colegiales agradecidos le erigieron un busto de mármol en vida, y muerto reclamaron sus despojos. Su sucesor, el ilustrísimo señor José Vicente Castro Silva, hizo poner en uno de los muros de la "cuna de la república" una elegante inscripción latina, en mármol

esculpida, "a fin de que las generaciones venideras y las nuevas edades de Colombia con justas alabanzas y con mayor diligencia lo celebren" (1).

La pasión de don Rafael María por el estudio fue inmensa; de ahí el desarrollo portentoso de su inteligencia, abierta a todas las ciencias, y que abarcó los supremos conocimientos de Dios y de los hombres en las disciplinas más altas: la teología y la filosofía. Sin hipérbole podemos afirmar que fue uno de los hombres más sabios del continente americano, y uno de los exponentes máximos de la cultura latina. Así se reconocerá el día en que su figura excelsa se coloque por fin, a pesar de nuestra indiferencia, en el pedestal que le corresponde.

Como tradicionalista firme, gustaba de lo antiguo, pero sin desechar lo moderno. Las palabras evangélicas *nova et vetera* fueron su lema. Admiraba a los autores de las edades áureas y a nuestros clásicos colombianos, Suárez, Caro, Cuervo, con quienes llegó a rivalizar, superándolos en claridad y elegancia de estilo. Siempre tuvo una voz de aliento, de alabanza, de aplauso, para los noveles escritores y para sus discípulos aprovechados y estudiosos.

En su infancia conoció y escuchó a los literatos, ingeniosos y picarescos, que formaban El Mosaico, núcleo de donde salieron muchas bellas páginas, en prosa y verso, de nuestra literatura. A los veinte años, el 23 de julio de 1877, pronunció el discurso de estilo en la sesión solemne de la Sociedad de San Vicente; y refiere *El Zipa*, en su número del 16 de agosto, que el joven "se hizo notar por la elegancia de la frase, el desarrollo y buen desempeño de su tema, la tolerancia y las dotes eminentes que posee como orador".

Al año siguiente ya era conocido en el mundo de las letras por su *Vida de Pío IX*, ampliación de un artículo publicado antes en el periódico nombrado, y elogiada su aparición por don José Caicedo Rojas. Después siguió publicando hasta su muerte, en las principales revistas y periódicos —*El Repertorio Colombiano*, *el Papel Periódico Ilustrado*, *la Revista del Rosario*, *El Catolicismo*, *El Nuevo Tiempo*, *La Iglesia*, etc.— la larguísima serie de artículos de todo género en que se mostró siempre profundo conocedor de nuestro rico idioma cuyos más recónditos arcanos no ignoraba, y que formarían varios volúmenes. Y a propósito: ¿hasta cuándo quedará tan rico tesoro poco menos que perdido en las fugaces y hasta ignoradas páginas de esos periódicos? ¿Cuándo se podrán presentar a Colombia y al mundo ilustrado, reunidos en tomos, esos preciosos escritos? (2).

(1) "...quo eum ætates omnes consequentes amplissima laude prosequantur, et ut pubes columbiana ad nomen ejus celebrandum sit alacrior."

(2) La Ley 59 del 29 de noviembre de 1930, en su artículo segundo dispone: "En la capital de la república se erigirá una estatua de bronce con esta inscripción: *A monseñor Rafael María Carrasquilla la república de Colombia. Congreso de 1930.*" Y el artículo tercero dice: "Las obras de monseñor Carrasquilla se publicarán a costa de la nación." No será inoportuno recordar que ni una ni otra se han cumplido. Y va ya para diez años.

Leía mucho; familiares le eran los autores más célebres de todos los países y de todas las épocas. En latín fue discípulo de don Miguel Antonio Caro, y conocía bastante bien las lenguas modernas. Como escritor, encerraba sus ideas en períodos llenos de encantadora sencillez, de arrebatadora elocuencia, que por su armonía traen a la memoria los párrafos de Cervantes y Granada; nos parece que con Suárez y Gómez Restrepo, es el maestro de la música de la prosa entre nosotros.

Su estilo es propio suyo, inconfundible como también inimitable; sobrio, conciso, no desprovisto de atavío, supremamente sencillo. A pocos escritores se les puede aplicar como a Carrasquilla el tan manoseado giro de "la difícil facilidad". Alguien dijo con razón que en sus escritos no es fácil resolver qué es lo más bello: si la doctrina que enseña o el método y claridad de la exposición, la pureza impecable del lenguaje o la elegante sobriedad de la forma.

Escribió, como antes dijimos, en diversos géneros cuya clasificación permitiría, al que quisiere acometer la empresa, publicar sus obras completas en tomos metódicamente ordenados (1). Y en todos esos géneros descolló, pero en el oratorio llegó al sumo.

La oratoria sagrada, mucho más afortunada en Colombia que en España, no ha presentado con todo sino figuras esporádicas, pero que bastan a honrar a una nación. Y a fines del siglo pasado y a principios del presente, aparecen en nuestra historia literaria dos colosos de la oratoria: Cortés Lee y Carrasquilla. Ambos versadísimos en varias disciplinas; más profundo Cortés; más claro Carrasquilla; de voz poderosa aquél y de ademanes arrebatadores; más frío en la declamación el otro; aquél hablaba más a los espíritus cultivados; éste era entendido por toda suerte de personas; los dos, cada cual a su manera, manejaban un estilo castigado y clásico; Cortés desarrollaba el pensamiento en amplios períodos; Carrasquilla, en cláusulas breves; pero ambos sabían envolver las ideas en la majestad de las antiguas togas.

Podemos decir que Cortés Lee era un orador aristocrático; Carrasquilla se acercó más al tipo del orador popular; ninguno fue populachero, ni descendió a trivialidades, ni despojó a la palabra divina de su esplendor y grandeza. Antes que su cualidad de oradores, recordaban su dignidad de sacerdotes y se complacían en ella, llevando con decoro las vestiduras sacerdotales. Para ellos fue siempre el púlpito la más elevada de las cátedras; su propia voz, el eco de la palabra del que es verdad por esencia; sus oyentes, cristianos, es decir, herederos del cielo, ciudadanos de la gloria. Al pasar por sus labios, la doctrina católica adquiría toda la atrayente majestad con que debió de salir en los collados de Judea de los labios divinos del Maestro.

(1) Quizás pudieran distribuirse así: 1) Sermones y panegíricos. 2) Oraciones fúnebres, conferencias religiosas y oraciones gratulatorias. 3) Conferencias, alocuciones y discursos académicos. 4) Estudios literarios y críticos. 5) Ensayos didácticos y filosóficos. 6) Lecciones de metafísica y ética. 7) Artículos necrológicos y biográficos. 8) Cuentos, cartas y versos.

En fin, Carrasquilla tenía más cualidades docentes que Cortés Lee; éste, mayores dotes oratorias. Uno y otro son los príncipes de nuestros oradores sagrados. Nadie ha sido osado todavía a arrebatarles el cetro.

Desde su ordenación sacerdotal, recibida el 8 de septiembre de 1883, después de dos años de estudios en el seminario, todos los púlpitos de las iglesias bogotanas se disputaron el honor de escuchar la palabra de Carrasquilla. Sólo coleccionó quince de sus sermones en la obra *Sermones y discursos escogidos*, pero se calcula que pasan de quinientos los que pronunció en su larga carrera sacerdotal. En todos sus panegíricos palpita una unción suavísima, no fingida sino espontánea, no improvisada sino nacida del alma. Con dulzura, sin exageraciones, pero también sin ambages, condena los vicios y reprobaba el pecado. Lleno de caridad, gustaba más de llevar almas a Dios por medios de la fe y de la esperanza que del temor; más que de los eternos castigos gustaba hablar de las supremas misericordias.

Supo dar a los sermones, ya fueran simples homilias dominicales, ya panegíricos solemnes, una forma nueva, que por la sencillez lo acercan a los tiempos del Crisóstomo y de Gregorio Nacianceno, y por la fuerza de las ideas y la elocuencia soberana lo hacen par de Masillón y Lacordaire. Y así desde los pronunciados en la aurora de su sacerdocio, como prefecto de estudios o vicerrector del seminario, o en los púlpitos de Egipto, San Carlos y Hatoviejo, hasta los de la tarde de su vida.

Llamó *oraciones gratulatorias* las que destinó a ensalzar los triunfos de la religión y de la patria; y como conferenciante tomando la palabra *conferencia* tanto en su acepción antigua de discurso de tono familiar, como en la moderna de discurso apologético, tiene pocos rivales. ¡Difícil subgénero este en que el orador debe conversar —*conferre*— con los oyentes sin llegar a los límites de un pali que común ni pasar los de una charla familiar!

Y llegamos a sus oraciones fúnebres, género profundísimo donde han encallado grandes talentos. No se habla aquí de la oración fúnebre con que se despide a los grandes de la tierra, como lo hacían en los antiguos tiempos griegos y romanos al elogiar a sus héroes y guerreros. No; la oración fúnebre católica no es un mero elogio ni un tributo mundano: tiene un fin más noble. Monseñor mismo nos lo dice:

“La oración fúnebre cristiana, género de oratoria que no desdeñaron Gregorio Nacianceno, el más teólogo, y Juan el Crisóstomo, el más elocuente de los padres de la Iglesia, es ante todo un acto de justicia, elogio a los méritos de los servidores de Dios, preparación remota a la sentencia severa de la historia, sentencia nunca despreciable, porque suele ser precursora fiel de otra sin apelación que pronunciará Cristo, hijo de Dios vivo, cuando venga el fin de los siglos, rodeado de sus ángeles, sobre las nubes del cielo, a juzgar a los vivos y a los muertos.

“Es también la oración fúnebre un lamento ante la horrible desproporción que media entre los designios de los grandes hombres y el breve espacio de la vida de que disponen para realizarlos; ante lo imposible de que el varón ilustre deje sucesor digno de sí; ante el hundirse de los proyectos más grandiosos, de las más colosales empresas.

“Por fin, sobre todo en boca del egregio obispo de Meaux, es lección severa a los poderosos de la tierra sobre la ‘pequeñez de la grandeza humana’, sobre la vanidad de todas las venturas, de todas las excelcitudes de este mundo.” (1).

Y en otro lugar dice: “Quien intente pronunciar alguna, tiene que inspirarse en Bossuet o exponerse a un fracaso irreparable... Nadie lo ha superado; nadie lo ha igualado siquiera. Forzoso es seguir sus huellas, pero desde lejos, muy de lejos.” (2).

En lengua española, y el que crea que exagero confróntelo consultando la historia literaria, el mejor discípulo de Bossuet es nuestro orador bogotano. Don Antonio Gómez Restrepo dice con su autoridad indiscutible: “Monseñor Carrasquilla ha sabido mantener el decoro de la cátedra sagrada, no humillando la palabra divina con adulaciones a la grandeza humana, ni adornando con flores retóricas la majestad desnuda de la muerte, antes bien, presentando el espectáculo de la vida de los hombres ilustres como testimonio de la efímera grandeza mortal, sólo realizada por la virtud. En esas oraciones, de severo y elevado estilo, se levanta el orador en alas de la emoción a la esfera de lo patético y de lo sublime, como es de verse en la dedicada a León XIII, mejestuosa como la figura del gran pontífice.”

Once oraciones fúnebres nos dejó, si bien no todas de mérito idéntico: la de los Papas León XIII, Pío X y Benedicto XV; las de los arzobispos de Bogotá, Mosquera, Arbeláez y Paúl; la de Rafael Núñez; la del cardenal Mercier; la de Nariño; la de Bolívar y la del maestro del Libertador. La del cardenal de Malinas y la del padre de la patria no están a la altura de las otras; fueron fruto de su edad cansada; pero aun en ellas se nota la huella del león, y se cumple su aserto de que la verdadera elocuencia es la que brota del corazón, no la que nace del cerebro. Cada una de las otras constituye, como él dijo de los sonetos de Caro, un pasaporte a la inmortalidad.

El 6 de agosto de 1890 entró el doctor Carrasquilla a la Academia Colombiana, de la que luego fue director desde 1910 hasta su muerte. Versó su discurso sobre la madre Castillo, y es un estudio acabado de lo que es la mística cristiana. También sus discursos académicos son innumerables, pues era imposible prescindir de su palabra en una solemnidad de importancia. No podemos apellidarlo orador profano, ya que en todos sus discursos y alocuciones no perdía de vista su carácter de maestro católico. El era, ante todo, el

(1) *Oración fúnebre de León XIII* (1903).

(2) *Tercer centenario de Bossuet* (1927).

sacerdote que debe enseñar la verdad lo mismo desde la cátedra del templo que en la de la clase o la academia. A un religioso español oí decir que en la Península se censuraba el personalismo con que en sus oraciones hablaba Carrasquilla, como si tratara de imponer su opinión propia. No negamos que a través de sus escritos nos haya dejado mucho dato autobiográfico; pero tampoco ignoramos que ya el mundo no aprecia casi los ensayos épicos y sigue entusiasmándose ante los arranques líricos, notas arrancadas del fondo del alma.

Como ensayista, dejó Carrasquilla una multitud de artículos literarios y críticos y varios prólogos a diversas obras, y hasta se entró un día con fortuna por los campos filológicos con su admirable estudio sobre la barbarie del lenguaje escolástico. Y ¡con qué propiedad hablaba de los más distintos temas! ¡Y cómo escogía los asuntos! Con la misma delicia se releen sus ensayos juveniles sobre san Agustín y el Miserere, que sus escritos postreros, como las exquisitas *Cartas de Lima*. No sin razón varias academias y centros literarios le abrieron sus puertas, honrándose al llamarlo a su seno.

*
* *

A la filosofía y a la pedagogía dedicó los mejores años de su vida; por eso en sus escritos didácticos aparece la mayor profundidad de pensamiento revestida con el lenguaje sencillo y pintoresco con que se adoctrina a los párvulos. Magistrales son sus monografías tituladas *Lecturas sobre el arte de educar*, *Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza*, *Revolución en la instrucción pública superior*, *Sobre educación moderna*, viriles defensas, las tres últimas, de la enseñanza clásica y de la cultura nacional, de actualidad en cualquier época. Su estudio *La emancipación de América ante la moral católica*, llega a los lindes de la filosofía de la historia.

“El trabajo filosófico del doctor Carrasquilla —escribió ese inolvidable amigo que fue el doctor Luis María Mora— abraza toda su vida, desde los primeros años. Es esta su más constante preocupación. El amor a la verdad ha sido en él la norma de su conducta pública y privada, si tuviese vida privada. Los más contrarios sistemas filosóficos han pasado ante su vista, sin que hayan podido turbar en lo más mínimo las conclusiones de su lógica de acero, y esa eterna comparación entre hombres y teorías ha producido en su carácter el bien inestimable de la benevolencia, que es virtud de sabios y de santos, cuando proviene de compasión hacia los extravíos de nuestra inteligencia y a las flaquezas de nuestra voluntad débil y vacilante.”

Al doctor Joaquín Gómez Otero, a don Marco Fidel Suárez y a don Miguel Antonio Caro, se debe el restablecimiento de la filosofía escolástica en Colombia. Pero el empuje extraordinario del neotomismo en la intelectualidad del país, se debe a monseñor Carrasquilla exclusivamente. El supo hacer comprender y gustar los secretos de la escolástica, y su dialéctica sutil y poderosa, y la fuerte envergadura de sus especulaciones, a los alumnos del Rosario, y en

ellos a todo el país, que escuchaba absorto y convencido las sabias enseñanzas del maestro. Lo mismo que el cardenal Mercier en Bélgica, Carrasquilla propagó aquí, hasta vulgarizarla y extenderla, la filosofía del Angel de las Escuelas.

Con verdad escribía en el *Repertorio Colombiano* en 1881: "Si alguna vez la razón humana voló hasta el cielo, fue en la época escolástica; con razón se representa a santo Tomás de Aquino con ligeras alas de ángel sobre el blanco hábito de los hermanos predicadores. La audacia con que los escolásticos tratan ciertas cuestiones, nos produce el mismo efecto que la vista de un hombre que pasa corriendo por la cornisa superior de una torre... Tiene el método escolástico la ventaja de desarrollar de un modo increíble la inteligencia de los jóvenes." (1).

Frutos de su formación tomista, son ese vigor de raciocinio, y esa claridad de argumento que admiramos en sus obras, y que le permitían concretar en pocas palabras, en breves líneas, a veces en una, toda la síntesis de una doctrina. Preciosa antología pudiera hacerse de pensamientos suyos extractados aquí y allá de todas sus obras. Vayan unos ejemplos tomados al acaso, y que pudiéramos multiplicar:

"Para llegar a sabio es preciso leer en el universo visible y en la sociedad de los demás hombres, y leer dentro de nosotros mismos."

"A un hombre que pasó por la tierra hace veinte siglos no se le puede odiar sino porque está vivo; no se le puede hacer guerra sino porque reina sobre todo el universo."

"No hay política mejor que la justicia, ni diplomacia mejor que la verdad."

"El ministro de Cristo nunca ha de tener derechos menores que ningún otro ciudadano; y el clero, fundador de toda nación, debe dar ejemplo a sus connacionales de amor encendido a la patria."

"El cultivo de la belleza literaria ablanda los ánimos, fomenta la benevolencia, lima las asperezas y acerca las voluntades, aún entre los que rechazan en la teoría o en la práctica las enseñanzas de la caridad cristiana."

"La grandeza de los contemporáneos despierta en las almas nobles la emulación, principio de mucho bien; en las plebeyas y abatidas, la envidia, principio de todo mal."

"Halagos necesita el tierno infante;
combate y triunfos el varón maduro."

"No se estiman los humildes en menos de lo que son, porque eso sería engañarse, y en el engaño no puede estar fincada la virtud."

"Una de las calamidades de la época presente es leer tanta prosa que parece verso, y tanto verso que no es sino mala prosa."

En su *Ensayo sobre la doctrina liberal*, a la luz de las encíclicas de León XIII expuso las enseñanzas de la Iglesia de la manera más clara y precisa, revistiendo la sólida doctrina con las bellezas de la

(1) *Sobre el estudio de la filosofía.*

forma. Esa obra, muy conocida en Europa en la edición española, le mereció altos elogios de personajes de ambos continentes, la bendición de León XIII mismo, y el título de *Balmes republicano*.

Pero la síntesis de sus estudios filosóficos, la obra que lo coloca al frente de los filósofos americanos, son sus *Lecciones de metafísica y ética*. "Con esta obra meditada y profunda —dice el doctor Mora— cierra el círculo luminoso de sus investigaciones filosóficas. Es el opimo fruto de edad madura, la clave de sus pensamientos, el término del largo viaje emprendido desde la adolescencia en busca del remoto pero azul horizonte." ¡Qué expositor tan admirable! ¡Qué maestro tan completo! Los más abstrusos conceptos pasan por sus labios con claridad meridiana; las más abstractas y complejas doctrinas adquieren con su palabra forma y vida, y la filosofía tomística avanza ante nuestros ojos luciendo galas nuevas y atractivas, ocultando la alteza del concepto en la belleza y gallardía de la forma, y brindándonos la leche y la miel de sus disertaciones en ánforas y platos cincelados con arte de orfebre.

El resumen de ética es menos completo, quizá más festinado; se ve que el autor no tenía por esa parte de la filosofía el mismo amor que por la metafísica. Se ha dicho, no sé con qué certeza, que ese trabajo fue elaborado por otras manos a quienes lo confió el maestro.

¿Y para qué hablar de Carrasquilla como teólogo? Que lo ensalcen los muchos sacerdotes que por largos años tuvieron la dicha de escuchar sus lecciones de moral en el seminario; baste, recordar que tenía el cargo de canónigo teologal de la catedral bogotana, y que Pío X le discernió un alto honor a muy pocos concedido, al otorgarle por decreto pontificio el título de doctor en sagrada teología. Así lo rezan las letras de la Congregación de Estudios, dadas en Roma el 7 de marzo de 1904.

También escribió don Rafael María muchos artículos biográficos y necrológicos. En ellos sabía verter toda la ternura de su alma buena, y no vacilaba en rendir subidos elogios a cuantos por el cariño o la admiración conceptuaba dignos de un recuerdo suyo; y mojaba en llanto la pluma para despedir al amigo, para dar el último adiós a los seres que amaba.

Al lado de todas esas obras serias y elevadas, lucen sus *Historias y cuentos para los estudiantes del Colegio del Rosario*, preciosa colección donde se muestra narrador de no comunes dotes, regocijado y ameno. Y hasta cultivó el verso, si bien no pasan de media docena las composiciones de este género que de él quedan. Las de carácter serio nos permiten afirmar que, si no hubiera cultivado sino la lírica, no habría descollado; habría sido un hábil versificador, y nada más. El amplio vuelo de sus ideas no podía encerrarse en los estrechos límites de un renglón sujeto a medidas. Son escasos los ejemplos de escritores que hayan brillado por igual en prosa y en verso. En cambio, heredó de su padre el don de la poesía festiva y ligera, y dejó de ella buenas pruebas en unas fáciles quintillas con que agradeció un banquete dado en su honor en 1915, y en *El alfabeto castellano*. Y

es oportuno recordar aquí que su conversación estaba salpicada de gracejo; chispeaba en sus frases el ingenio, y surgían espontáneas las anécdotas donairoas y festivas.

Y pues de anécdotas hablamos, vaya una para amenizar esta farragosa relación.

Cuando en 1899 fue nombrado Carrasquilla prebendado en el coro metropolitano, el vicepresidente de la república, don José Manuel Marroquín, le envió como obsequio una banda con estos versos:

Tu amigo y tío Marroquín te manda,
en son de parabién por la prebenda,
por que a su nombre la uses, esa banda;
perdona lo mezquino de la ofrenda.

Y el nuevo canónigo le respondió:

He recibido la ofrenda
que tu cariño me manda:
una riquísima banda,
insignia de mi prebenda;
y aunque yo muy bien entienda
que usar nunca debería
prenda de tanta valía,
la acepto *tuta conscientia*
por ser don de tu excelencia
a mi pobre señoría.

Ese el Carrasquilla que se nos presenta por un aspecto casi ignorado: el de repentista festivo.

*
* *

El nombre de Carrasquilla traspuso las fronteras, y fue conocido y apreciado en el exterior como un sinónimo de ilustración y mérito. Grandes hombres de Europa y las Américas le rindieron el homenaje de su admiración y de su aprecio.

Alfonso XIII, en el real decreto en que dispuso el desagravio de la madre España a Francisco José de Caldas, hace constar que la causa próxima de este acto fue el discurso de monseñor sobre el sabio Mutis, al inaugurarse en Bogotá el busto del insigne gaditano. El rey nombró comendador de Isabel la Católica al que también era caballero de la orden de San Silvestre, Papa.

En 1924 fue invitado por el Perú como huésped de honor a las festividades del centenario de Ayacucho. Allá se le recibió como a un príncipe. La sociedad limeña se esforzó por hacer grata y espléndida la permanencia de monseñor en esa capital, y el presidente de la nación peruana le confirió la orden del Sol y la medalla del centenario. Más tarde, en el Perú mismo se imprimieron las ya mentadas *Cartas de Lima*, en que el delegado de Colombia, que tan bien ha-

bía sabido representarla, narró con estilo encantador sus impresiones de viaje. Los discursos que en tal centenario pronunció, fueron los mejores números de esas festividades. El célebre general Pershing conservó siempre el recuerdo de esta frase inolvidable, oída entonces al egregio sacerdote: "Sólo hay algo más hermoso que vivir para la patria, y es morir por ella."

Y oigamos lo que nos refiere don Antonio Gómez Restrepo: "¡Cuán grande hubiera sido el prestigio de Carrasquilla si en la fuerza de la vida hubiera podido viajar por el exterior! Una sola vez, y ya en sus años postreros, salió del país y dejó grandes recuerdos. Puedo citar a dos testigos de la mayor excepción. El insigne orador y literato mejicano don Antonio Caso, decía que cuando Carrasquilla, revestido de sus hábitos prelaticios, se levantó en Lima a hacer el elogio de los próceres, le pareció ver erguirse a uno de esos grandes prelados italianos del Renacimiento, insignes en letras divinas y humanas. Y el ilustre jurisconsulto costarricense y noble amigo de Colombia, don Luis Anderson, me decía hace poco, refiriéndose a la misma ocasión, que jamás había oído hablar a nadie con tanta majestad y elevación de conceptos. A a estas opiniones de ilustres pensadores laicos puedo agregar otras de la más alta autoridad eclesiástica. Varias veces tuve ocasión de oír en Roma, de labios de los egregios príncipes de la Iglesia Vico y Ragonesi: '¡Qué gran cardenal sería Carrasquilla si hubiera vivido en Italia!' Es triste que nuestra pequeñez política, nuestro aislamiento y otras causas de inferioridad, impidan que nuestras grandes figuras ocupen en el mundo el lugar que les hubiera podido corresponder."

La Iglesia contó siempre a nuestro compatriota como a uno de sus hijos más preclaros. Singulares distinciones, como el mencionado título de doctor en teología y la dignidad de prelado doméstico, e insignes pruebas de cariño, como valiosos autógrafos, le dieron los sumos pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, en diversas ocasiones. Así le recompensaron su afecto incontrastable a la sede romana.

Las bodas de plata de su rectorado fueron un acontecimiento nacional; todos los hijos del Rosario, sin distinción de clases ni de colores políticos, se apresuraron a atestiguarle su cariñosa gratitud. Y en un extenso volumen se conservan los documentos de dicha solemnidad. A su muerte se le tributaron altos honores, y su entierro tomó las proporciones de un homenaje. Durante la administración de don Miguel Antonio Caro, desempeñó por algún tiempo el cargo de ministro de instrucción pública; único caso entre nosotros de un eclesiástico en ese delicado puesto oficial.

Quien no lo conoció en vida, pero quisiera saber cómo era, lea esta admirable prosopografía de Luis Serrano Blanco:

"Todo en él significa reposo, serenidad, unción. Su cuerpo es alto, membrudo, recio. Las líneas del rostro proporcionadas a la estatura. Una cara grande, imponente, que pide la barba patriarcal que adornó el rostro de don Ricardo. Su andar, sin ser lento, no es acelerado; su voz, firme pero no robusta. El flujo de sus palabras es

fácil, ordenado y seguro. Guarda siempre la más mesurada compostura. Ni airado ni adusto, ni reidor y frívolo. Ejemplarmente metódico por educación, sin ese sistema riguroso que constituye una disciplina martirizante. A las cinco y media, todas las tardes, camina inevitablemente a lo largo de la avenida de la República; ha concluido a esa hora su jornada y se dirige al Bosque; bajo el brazo, un paraguas; en la boca, un pitillo, y vanidosamente, como vanagloriándose de su destino, un rojo pañuelo *rabodegallo* asoma su punta entre los pliegues de la sotana. En otra ventana de los hábitos, como monja de clausura, vive la caja del rapé; ella también se asomará a la celosía, pero teme las burlas de su vecino, el vanidoso pañuelo *rabodegallo*. Su espíritu: tan equilibrado, medido e imponente como su cuerpo. Más aún: es el equilibrio mismo, la serenidad, la grandeza. Si piensa, un *imperator* de las ideas; apenas hay una que no domine, avasalle y reduzca al centro de su inteligencia. Si discierne y critica, un juez; todo lo pesa, lo analiza, lo valora, hasta formular una decisión muy vecina de la justicia, cuando no la misma justicia. Si habla, un deleitable *causeur*, digno de haber frecuentado la tertulia de madama Recamier o de haber alternado con Valera y Campoamor en el mentidero madrileño de Fernando Fe.

“Lee metafísica en el Colegio del Rosario; teología en el seminario. El aula de filosofía es un amplio salón, de muros en honesta y absoluta desnudez, piso empedrado con ladrillos informes y desavenidos, puertas y ventanas que denuncian el sabor añejo del instituto. Al medio día invade en tropel este recinto más de una centena de muchachos, formando pintoresca bandada... Se forma un barullo infernal... ”

“El taconeo anuncia al maestro, y una tos discreta —como la de ciertas mamás para advertir a los novios su proximidad— confirma su llegada. Milagrosamente sobreviene el silencio. Ni voz, ni mandato, ni gesto lo imponen. La sola presencia del doctor Carrasquilla lo inspira.

“Empieza la clase. El maestro, paseando a la diagonal del aula, enseñando al compás de los pasos, evoca fielmente la figura del Peripatético. Los escolares, aún los más ligeros y desafectos, penden de sus labios. De él brota la enseñanza con admirable claridad y robusta solidez. Ni un giro confuso, ni un adorno retórico. Periódicamente lleva a la nariz un polvillo de rapé... y continúa. Se le interrumpe, y contesta; se le objeta, y replica. Termina la hora, y el regimiento de adolescentes se aleja; ya no bulle ni grita; ahora piensa, analiza.”

Quien lo juzgara sólo por su aspecto físico, lo tendría como un hombre orgulloso y presumido; y alguno pudo pensar que era un avaro que estaba aglomerando riquezas. Del primer cargo lo absuelven quienes lo trataron en la intimidad y supieron de las ternuras de su corazón amable y compasivo. El otro injusto cargo lo desmienten la pobreza franciscana de su hogar, sólo decorado por su autoridad de maestro y la virtud de su vida, y la sencillez humildísima de su testamento. Tenía el verdadero concepto de la humildad, que no

consiste en negar los propios méritos sino en atribuirlos a la bondad de Dios. Recibía los honores sin vanidad, y nunca se jactaba de ellos.

A sus alumnos los trataba más como padre que como rector, más como camarada que como maestro, sin llegar eso sí a la familiaridad excesiva. Cuando uno de sus discípulos dilectos, con quien compartió el pan y la sal de su mesa, y a quien llamó "el mejor amigo de mi madre", el doctor José Manuel Saavedra Galindo, recibió el diploma de jurisconsulto, le dio estos consejos:

"Tenga usted cuidado, que el mundo perdona con facilidad nuestros defectos, difícilmente nuestras cualidades.

"Jamás se pierda por dinero. Cuando llegue a ser juez, no sacrifique la justicia a ningún precio, aun cuando tenga sobre sí a los tribunales superiores que puedan restablecerla.

"Nuestros mejores amigos son nuestros padres. Sepa usted que yo le tenía tal confianza a mi padre, que le contaba mis faltas."

*
* *

Ante su virtud se doblegaron los ataques de la prensa y las pasiones políticas. Todo cuanto tenía lo daba, y por eso murió pobre. Como era eminentemente caritativo, tuvo incontables amigos, de todos los matices y categorías, que sólo lo vieron indignado cuando reprobaba la injusticia o la maldad o defendía los intereses conculcados de la religión y de la patria. Sabía cumplir como perfecto caballero con todos los deberes sociales, sin descuidar sus obligaciones. Y como era discreto y prudente, a él acudían los pecadores en demanda de perdón, de auxilio los menesterosos, de acertado consejo cuantos lo necesitaban. A veces la salita de recibo de su casa de la calle 14 parecía la antesala de un ministerio. Bien se ha dicho que por su inteligencia soberana y por su aspecto físico imponente, era un león; pero ese león, como el bíblico, llevaba un panal en las fauces.

Era condescendiente y compasivo, porque sabía de memoria la sentencia del santo de Sales: "Es vicioso ciertamente un genio tan riguroso, agreste y severo, que no quiera usar de alguna recreación ni permitírsela a los demás."

Al cumplirse un año de la muerte de su íntimo amigo el padre Antonio Aime, superior de los salesianos en Colombia, escribió monseñor uno de sus mejores artículos. ¡Siempre se habían estimado tanto esas dos almas tan semejantes! En él hay unas líneas en que, sin pretenderlo, al querer trazar el retrato del padre se retrató monseñor a sí mismo. Dicen así:

"En las breves horas de felicidad y contento de sus amigos, se hallaba siempre a su lado; y era el primero y el más asiduo, en los largos días de padecimientos y amargura. Cuando llegaba de visita a una casa, desde que se le oía en la escalera o el vestíbulo, se serenaban los rostros, las frentes se desarrugaban, sonreían los labios. Y era óptimo consolador en los grandes dolores, porque las palabras y las obras no le nacían de la cabeza solamente, sino también del corazón;

porque tenía delicadezas maternas; porque no restregaba la herida al aplicarle el bálsamo; porque no era de los que creen que el único alivio a las penas consiste en la indiferencia y el olvido.

“Todo amor verdadero, y la amistad entre ellos, no se revela en palabras lisonjeras y en atenciones sociales, sino en las obras. Por tal razón enseñó Jesucristo que no todo el que dice: ¡Señor, Señor! entrará al reino de los cielos. El, a menos que el deber se lo impidiera, jamás negó cosa alguna a sus amigos, aun teniendo que hacer considerables sacrificios. Y era muy común que el beneficio estuviera hecho antes de que uno hubiera pensado en solicitarlo. Esta conducta, la inagotable mansedumbre, la amenidad del trato, la gentileza del porte y la circunstancia de que nunca pidió nada para sí, lo hicieron dueño de la voluntad de sus amigos, hasta el punto de que sus menores deseos eran órdenes ineludibles para ellos, y semejaba que todos le hubieran hecho voto de obediencia. ¡Qué no podrá hacer un sacerdote con tamaño influjo, puesto al servicio de un celo ardiente por la mayor gloria de Dios y el bien del prójimo!” (1).

Como ejemplar ministro del Señor, cumplió Carrasquilla estrictamente los deberes de su ministerio. “El verdadero espíritu sacerdotal, decía, se conoce por la obediencia al sumo pontífice y al prelado, y por el cariño a las comunidades religiosas.” Sus devociones predilectas fueron las del Santísimo Sacramento y Nuestra Señora de las Mercedes, tradicional ésta en su familia. A él, tan elocuente, le faltaban palabras para hablar de estos dos amores tan consoladores y tiernos. El mayor dolor de su última enfermedad fue no poder celebrar la santa misa.

En marzo de 1930 escribí en un artículo necrológico que el ilustre prelado había amado mucho a las congregaciones religiosas, y que sobre todo las de san Ignacio de Loyola y de san Juan Bosco ocuparon lugar preferente en su corazón. Cuál el primero, sería difícil decirlo; pero a la nuestra la trató siempre con especialísima deferencia.

Al entrar a su casa, lo primero con que tropezaban los ojos al subir la escalera, en el modesto vestíbulo, era con el retrato de don Bosco. “Me lo regaló, decía, mi inolvidable amigo el padre Aime.” Suyas fueron siempre nuestras alegrías y nuestras penas. Con su mágico estilo, en más de una ocasión ensalzó a don Bosco y a su obra. Y en 1915, en las festividades del centenario del santo, terminó su discurso con estas palabras: “No me otorgó Dios la gracia de llamarme al estado religioso; pero después del sacerdocio, y antes de algunos títulos que me han dado los hombres, estimo el de cooperador salesiano y el de amigo, aunque indigno, de los hijos de don Bosco.”

*

* *

Más o menos desde 1927 empezó a decaer la salud de Carrasquilla. La muerte había ido dejando en su alrededor muchos vacíos, y

(1) *Un verdadero amigo*. 1922.

las tristezas de la hora postrera colmaban su alma. Las brisas heladas de la noche soplaban en torno de su frente. Poco a poco iba perdiendo su carácter expansivo, y se iba reconcentrando en sí propio para prepararse al gran paso. Por fin en febrero de 1930 empezó a agravarse; ya se veía claramente que su fin estaba muy próximo. Su robusta constitución iba debilitándose. Su espíritu inmortal se desligaba de la tierra.

El 14 de marzo, el excelentísimo señor arzobispo primado don Ismael Perdomo le administró solemnemente los últimos sacramentos. Unos días después, el padre José María Bertola, superior actual de los salesianos, fue a visitarlo. Al reconocer al amigo, se dibujó en el rostro del enfermo la más profunda alegría. "Voy a darle la bendición de María Auxiliadora", le dijo el padre. "Oh, ¡qué bueno!" respondió el varón ilustre con los ojos vueltos al cielo de donde todo consuelo desciende. Luego con mano temblorosa y débil, intentó hacer la señal de la cruz, mas no pudo; ya no tenía fuerzas... Esas fueron sus últimas palabras; no volvió a hablar más con los hombres. A solas dialogaba con Dios.

Empezó la agonía. Alternaba en sus sueños la plácida y señorial figura de su madre con lumbres de eterna gloria. Por fin a las nueve y treinta y cinco de la noche del 18 de marzo, cesó de latir su corazón y se durmió definitivamente en el ósculo del Señor. El doctor Jenaro Jiménez, vicerrector del Rosario, impartió llorando a su amigo, a su maestro, a su padre, la absolución postrera. Ya no quedaban en la tierra sino los despojos mortales del grande hombre. Según la bella frase de Daniel Samper, la llama de su pensamiento se desvaneció en la perpetua claridad...

*
* *

No se puede afirmar con verdad que Carrasquilla haya muerto. Vive en sus escritos admirables, perdura en sus enseñanzas, sigue desde la gloria verdadera iluminando a Colombia y dándole lustre. Es cierto que todavía esta nuestra patria, tan ingrata e indiferente, no le ha rendido el homenaje consagratorio que merece en el mármol o en el bronce, ni se ha interesado en recoger sus dispersos escritos para entregarlos reunidos a remotas posteridades. Pero recordemos lo que Carrasquilla mismo decía:

"Los hombres mediocres se van empequeñeciendo a medida que crece el recinto en que figuran; los grandes se agigantan a proporción que el escenario se dilata."

No hay que temer; su nombre, vencedor del tiempo y del olvido, seguirá repitiéndose con admiración y respeto en las futuras generaciones.